

LA MEDIACIÓN UNIVERSAL DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

La verdad consoladora de la mediación universal de la Virgen María está hondamente arraigada en el corazón de todos los fieles cristianos, aun de aquellos que por su deficiente formación religiosa no se dan cuenta cabal de ello. Porque la mediación universal no es sino el fundamento o el aspecto objetivo de la entrañable devoción que el pueblo cristiano profesa a la Madre de Dios. Espontánea y como instintivamente todos los fieles miran a la Virgen Santísima y se dirigen a ella como a Madre amorosísima que constantemente atiende a nuestras necesidades, previene nuestros deseos, nos libra de innumerables peligros, como si la Virgen en el cielo no tuviese otro oficio u ocupación sino velar continuamente por nuestro bien. Por eso la devoción de los cristianos a la Reina de los cielos no es una de tantas devociones: es una devoción singular y única, es una confianza amorosa en la celestial Señora en cuyas manos ha puesto el Señor todos los tesoros de sus divinas gracias.

Ahora bien esta intervención continua de la Virgen en la economía de la gracia divina es lo que en términos más precisos se llama su mediación universal. Para honor de la Madre de Dios y para nuestra espiritual consolación esperamos será provechoso poner ante los ojos con el mayor relieve posible esta dulcísima verdad, que todos sienten entrañada en su espíritu, pero que no todos conocen con la suficiente claridad. Para ello expondremos brevemente estos tres puntos: 1) la naturaleza y elementos de la mediación universal; 2) los fundamentos teológicos en que se apoya esta verdad; 3) el estado actual de esta cuestión con relación a su probable definición dogmática.

I. QUE ES LA MEDIACION UNIVERSAL DE LA VIRGEN

La mediación universal de la Virgen Santísima, por su íntima conexión con toda la economía de la redención y de la gracia, es una de las verdades teológicas más complejas. A diferencia de la Inmaculada Concepción o de la Asunción corporal de la Virgen a los cielos, que tienen un objeto bien claro y definido, la mediación universal, por el contrario, ofrece a la consideración horizontes vastísimos, variados aspectos y múltiples elementos, que no es fácil coordinar. Sin embargo, si prescindimos de los elementos secundarios, si fijamos nuestra atención en los principales, que pueden ser objeto de una definición dogmática, no será difícil dar de ella una idea suficientemente clara y exacta, puesta al alcance de todos.

Comencemos por una idea general, tomada del concepto mismo de mediación.

«Mediación» es una función de orden moral por la cual una persona interviene entre otras dos para establecer entre ellas relaciones de paz, sea para dirimir una contienda o para concertar un contrato, sea para obtener la reconciliación o el perdón, o para impetrar un favor o defender una causa. En este sentido la Virgen Santísima interviene y «media» entre Dios y los hombres para negociar en favor de los hombres los beneficios de la gracia divina.

Esta prerrogativa no es exclusiva de la Virgen, pues todos los Santos son a su modo mediadores entre Dios y los hombres, como lo declaró el Concilio Tridentino (Sess. 25. Denz. 984). Lo que sí es exclusivo de la Virgen entre todos los Santos es la universalidad de su mediación, en cuanto ésta alcanza a todos los hombres y se extiende a todas las gracias divinas.

Así entendida la mediación universal de la Virgen Santísima, como debe entenderse, no es contraria a la soberanía de Dios ni a la mediación suprema y, en cierto sentido, exclusiva de Jesucristo, como han pretendido los protestantes. Que la Virgen no usurpa la soberana providencia de Dios, es cosa manifiesta; el nombre mismo de mediación lo indica, que no es sino una causalidad intermedia, y en el caso presente totalmente subordinada a la suprema acción de la divina providencia. Tampoco es la mediación mariana un atentado contra la mediación de Jesucristo. Muchas diferencias señalan los Teólogos entre ambas mediaciones. Por de pronto, la mediación de Jesucristo es de derecho propio; la de María de pura gracia y privilegio. La de Jesucristo es primaria independiente; la de María

secundaria y subordinada a la de Jesucristo. La de Jesucristo es de suyo necesaria y suficiente; la de María no es de suyo necesaria ni menos suficiente. Sobre todo, Jesucristo en su oficio de Mediador negocia, por así decir, con sus propios recursos y tesoros; la Virgen, en cambio, ni negocia ni puede negociar sino con los bienes de Jesucristo. En otros términos: Jesucristo Mediador nos reconcilia con su eterno Padre con sus propios merecimientos; María Medianera no hace ni puede hacer otra cosa que alcanzarnos la aplicación de los méritos de Jesucristo, en los cuales enteramente estriba.

Tal es la doctrina de todos los teólogos católicos, ni se citará uno solo que desconozca esta diferencia esencial entre la mediación de Jesucristo y la mediación de María. Por eso queda uno atónito ante la acusación de los teólogos protestantes que achacan a los católicos la extraña aberración de que confunden la mediación de la Madre con la mediación del Hijo. Si el desconocimiento que tienen los protestantes de la Teología católica no explicase esa inverosímil acusación, habríamos de decir que hay en ello insigne mala fe.

Mas, aunque esencialmente distinta de la de Jesucristo, no por eso la mediación de la Virgen se confunde con la de los demás Santos. Dios, en el presente orden de su divina providencia, ha querido, por su libre y misericordiosa dignación, asociar íntimamente de un modo singular y único la mediación de la Madre a la mediación del Hijo, haciéndola a su modo necesaria y dándole extensión o amplitud universal. Si la dependencia o subordinación distingue la mediación de María de la mediación de Jesucristo, en cambio la universalidad y relativa necesidad distingue la mediación de la Madre de Dios de la mediación de los que no son sino siervos de Dios.

Lo dicho hasta aquí da ya una idea general de la mediación de la Virgen. Más en particular debemos distinguir en la mediación de María, como en la de Jesucristo dos tiempos o estadios. La Virgen inició su oficio de Medianera universal durante su vida terrestre dando su libre consentimiento a la encarnación del Redentor, y lo continúa perpetuamente en su vida gloriosa intercediendo por todos los hombres. Dos palabras sobre cada una de estas dos fases de la mediación de María.

Durante su vida mortal la Virgen Santísima cooperó de muchas maneras a la reparación del humano linaje, perdido por el pecado de Adán; pero el momento más importante y decisivo fué aquel en que dió su libre consentimiento a la encarnación del Redentor. Dios

en su eternidad había decretado reparar a los hombres por la encarnación y la muerte de su divino Hijo. Llegada la plenitud de los tiempos, venida la hora de las divinas misericordias, Dios, para realizar sus eternos decretos de salud, requirió para su cumplimiento el libre consentimiento de la que había elegido para Madre del Redentor. Como enseñan los Santos Padres y Teólogos, Dios con este misericordioso requerimiento puso en manos de la Virgen la realización de su divinos planes. Dios, sin duda, preparó el corazón de María para que diese su libre consentimiento, y en su eterna presciencia conoció que la Virgen lo daría con rendida sumisión, con plenitud de fe y de obediencia; mas esto no quita que realmente en aquel momento decisivo la realización de los planes divinos y la reparación del linaje humano estuviese como colgada del libre consentimiento que Dios pedía a la Virgen. Dió María aquel *Sí* que Dios le pedía, que los ángeles deseaban, que los hombres ansiaban, que, como dice hermosamente San Bernardo, todo el mundo prostrado a sus plantas humildemente suplicaba y aguardaba: y con este *Sí* cooperó María a la reparación de los hombres de una manera como jamás ha cooperado ni cooperará ningún hombre ni ángel. Y esta cooperación de María fué una verdadera mediación entre Dios y los hombres, destinada a reconciliar a los hombres con Dios: mediación evidentemente universal, pues alcanzaba a todos los hombres y comprendía la economía entera de la gracia divina. Fué también mediación directa. Nótese bien este punto, en que algunos no han reparado suficientemente. No decimos que la mediación de la Virgen fué precisamente su maternidad divina o la generación física de Jesu-Cristo; sino su libre consentimiento dado a la encarnación del Redentor, como medio para la realización de los consejos divinos y para el cumplimiento de las profecías y promesas de Dios. Que si fuese simplemente la maternidad física de Jesu-Cristo, la mediación de María sería sí universal, pero no directa. Mas como es su libre consentimiento, que es de orden moral, su acción alcanza directamente a la economía de la gracia. Y es sabido que en el orden moral la causa alcanza directamente hasta los últimos efectos, previstos y queridos, aun cuando en el orden físico su acción no llegue hasta ellos. Y es de tal importancia esta mediación de la Virgen, que, en virtud de ella, aun cuando más no hubiese, merecía la Virgen ser considerada y proclamada Medianera universal de los hombres: como Jesucristo por los méritos de su muerte redentora es apellidado por San Pablo Mediador entre Dios y los hombres.

Dios, a nuestro modo de hablar, es lógico y coherente en sus obras. Como quiso que Jesucristo continuase y consumase su mediación, iniciada con su muerte, con su perenne intercesión en los cielos, de semejante manera dispuso que la Virgen continuase y consumase en los cielos con su perenne intercesión, asociada a la de su divino Hijo, la mediación iniciada en la tierra con su libre consentimiento dado a la encarnación del Redentor.

Esta intercesión de la Virgen, aunque enteramente subordinada a la de Jesucristo, es también universal, y por disposición divina, necesaria. Es universal: porque se extiende a todas y a cada una de las gracias, y no sólo de un modo confuso y como colectivamente, sino de un modo particular y determinado. Es además necesaria: en cuanto Dios libremente ha vinculado la concesión de todas las gracias a la intercesión de la Virgen Santísima, asociada a la de Jesucristo.

Toda esta doctrina sobre la mediación universal de la Santísima Virgen puede resumirse en su maternidad espiritual respecto de los hombres. Porque la mediación de la Virgen es, por decirlo así, función maternal. María es Madre de Cristo «completo»: madre natural de Cristo Dios y de Cristo hombre; madre espiritual del «Cristo místico», esto es, madre de todo el linaje humano, unido a Jesucristo, como el cuerpo a su cabeza, madre de la «nueva humanidad» incluída, compendiada, cifrada, como dice San Pablo, «en Cristo Jesús». En este sentido, al engendrar a Jesucristo, María engendró juntamente con él y en él a todos los hombres elevados a la vida sobrenatural de la gracia. Y al aceptar esta maternidad espiritual juntamente con la maternidad natural de Jesucristo, María intervino, «medió», entre Dios y los hombres para que los hombres, unidos a Jesucristo, recibiendo la vida de la gracia quedasen reconciliados con Dios.

Esta doble maternidad de María, natural y mística, respecto de Jesucristo y respecto de los hombres, es el fundamento connatural en virtud del cual la Virgen fué graciosamente condecorada con la insigne prerrogativa de Medianera de los hombres para con Dios. La comparación con Jesucristo pondrá de manifiesto este pensamiento. Jesucristo es mediador moral entre Dios y los hombres, porque lo es fundamentalmente en el orden ontológico. Dios y hombre juntamente, Jesucristo era el Mediador nato de los hombres para con Dios. Puesto como en medio de los dos extremos y participando juntamente de cada uno de ellos, Jesucristo había nacido para ser me-

diador entre ambos. De semejante manera, aunque en un orden inmensamente inferior, María, como Madre de Dios y Madre de los hombres, estaba en condiciones, como nadie lo ha estado, después de Jesucristo, para mediar entre los hombres y Dios. Por esto, la mediación de María, si difiere esencialmente de la mediación de Jesucristo, se distingue también esencialmente de la mediación de los demás Santos, sobre la cual se eleva a inmensa altura. Por esto finalmente, como la mediación de Jesucristo es por su eminencia única y exclusiva, también lo es la de María a su modo, comparada con la mediación de los demás Santos.

II. FUNDAMENTOS TEOLOGICOS DE LA MEDIACION UNIVERSAL DE LA VIRGEN

Esta doctrina sobre la mediación universal de la Virgen Santísima no la han inventado los Teólogos, ni la han deducido simplemente por vía de conclusión teológica. La Sagrada Escritura, la tradición de los Santos Padres, los testimonios de los Doctores antiguos, el magisterio de la Iglesia Docente, en particular los documentos de los Romanos Pontífices, las Liturgias orientales y occidentales, antiguas y modernas, y en general todas las fuentes de la Teología, suministran a manos llenas numerosísimos argumentos, variadísimos, espléndidos, apodícticos, de la mediación universal de María, y prueban evidentemente que esta doctrina consoladora está contenida en el depósito de la verdad revelada, hasta el punto de poder ser objeto de una definición dogmática. Imposible reproducir aquí en pocas palabras todos estos testimonios. Por otra parte, ceñirse a unos pocos textos, mutilados, sacados de su contexto, no daría idea de la robustez incontrastable de la demostración. Será preferible presentatr una consideración de carácter general: consideración, empero, que por una parte ilumina toda la grandeza divina de este misterio, y por otra tiene firmísimo arraigo en la Escritura divina y en toda la tradición católica.

Toda la historia de la humanidad, sobre todo desde el punto de vista religioso, se resume en dos hechos trascendentales: la caída y la reparación. Todo el mal que pesa sobre los hombres, el mal moral y el mal físico, el pecado y la muerte, es efecto de la primera caída. Todo el bien que ansían los hombres, el bien moral y el bien físico, la justicia perfecta y la vida eternamente feliz, ha de ser efecto de la reparación. En este sentido, Adán, origen funesto de la caída, y

Jesucristo, fuente perenne de la reparación, resumen y como condensan en sí toda la historia del género humano y todo el misterio de la providencia divina. Teóricamente, todo el mal viene de sólo Adán, como todo el bien procede de sólo Jesucristo. Sin embargo, en la realización histórica de estos dos hechos trascendentales al lado del varón aparece la Mujer: Eva al lado de Adán, María al lado de Jesucristo; Eva, que con sus pérfidas sugerencias induce a Adán a la prevaricación; María, que con su humilde asentimiento determina la venida del Reparador e inicia la obra de la reparación. Como Jesucristo es la antítesis de Adán, así María es la antítesis de Eva. Para hacer mayor ostentación de su sabiduría y de su poder, quiso Dios reparar la caída siguiendo, aunque en sentido inverso, los mismos pasos; haciendo intervenir a los mismos personajes, si bien en sentido contrario. Tal es la voz unánime de toda la tradición cristiana. Oigamos a San Juan Crisóstomo: «Con las mismas armas con que el diablo nos derrotó, con esas mismas Cristo venció al diablo... Una virgen, un árbol y una muerte fueron los símbolos de nuestra derrota... Mira ahora cómo esas mismas cosas son para nosotros causa de la victoria. En vez de Eva, María; en vez del árbol de la ciencia del bien y del mal, el árbol de la cruz; en vez de la muerte de Adán, la muerte del Señor» (MG. 52, 767-768). Lo mismo dice San Agustín: «Por una mujer fuimos arruinados, por una mujer recobramos la salud.» (ML. 38, 1308.) «La muerte por Eva, la vida por María», añade San Jerónimo (ML. 22, 408). Y así los demás Santos Padres y Doctores; y así lo enseña la Iglesia por boca de los Romanos Pontífices y lo canta en la sagrada Liturgia.

Tal es el lugar y la acción de María en la obra de la reparación y de la gracia, tal su razón de ser en el plan de la providencia divina: deshacer la obra de Eva y cooperar con Jesucristo en la reparación del linaje humano. Bajo ambos conceptos, es María Medianera universal de la gracia: como antítesis de Eva y como asociada a la obra de Jesucristo. «Medianera cruel» fué Eva, dice San Barnardo (ML. 183, 429-430): porque siguiendo las sugerencias de Satanás, procuró y consiguió que el hombre se rindiese a su funesto imperio. Medianera piadosa fué María: porque obedeciendo a las palabras del ángel, fué causa de que los hombres se reconciasen con Dios. Ya en el siglo II escribía San Ireneo, el gran Padre de la tradición católica: «María obedeció, diciendo: *Ves ahí a tu esclava, Señor: hágase en mí según tu palabra.* Mas Eva desobedeció... Como Eva, desobediente, se hizo causa de muerte para sí y para todo el linaje humano:

así María, obediente, se hizo para sí y para todo el linaje humano causa de la salud. La desobediencia de Eva fué un nudo, que desató la obediencia de María. Porque lo que Eva anudó por la incredulidad, eso María lo desató por la fe.» (MG. 7, 958-960.) ; Hermosas palabras, que nos revelan la eficacia y universalidad de la acción que ejerció María en toda la economía de la gracia!

También como asociada a la persona y a la obra del Redentor, es María Medianera universal de la gracia. La razón es tan sencilla como evidente. Según San Pablo 1 Tim. 2, 5-6), cuyo pensamiento explica admirablemente Santo Tomás (3, q. 26, a. 1, c), Jesucristo es Mediador entre Dios y los hombres, precisamente por su obra redentora. La mediación de Jesucristo es precisamente su redención; y el ser Mediador es ser Redentor. Al decir, pues, que María fué asociada a la persona del Redentor y a su obra de redención, decimos idénticamente que fué asociada a la persona del Mediador y a su obra de mediación. Y como no hay dos redenciones, tampoco hay dos mediaciones: que una misma es la mediación de Jesucristo y la de María: mediación que Jesucristo ejerce por derecho propio, y María por gracia y privilegio. Al quedar así tan íntimamente compenetrada la mediación de María con la de Jesucristo, participa de sus mismas propiedades, y en particular su extensión universal. Tal es la significación de los testimonios bíblicos, y tal la interpretación de los Santos Padres y Doctores.

Y basten esas consideraciones generales para entrever la solidez y verdad de la doctrina que exponemos. Fácil sería descender a consideraciones más particulares sobre los diferentes aspectos y elementos de la mediación universal, y acumular en cada una de ellas numerosos testimonios de la tradición. Se vería entonces que cuanto hemos dicho no es sino un pálido reflejo de las espléndidas enseñanzas de los Santos Padres y Teólogos. Sólo por vía de muestra, para concluir este punto, aduciremos unos pocos testimonios. San Germán, Patriarca de Constantinopla, dice así, hablando con la misma Virgen: «Nadie, sino por ti, oh Santísima, consigue la salvación. Nadie, sino por ti, oh enteramente Inmaculada, se ve libre de los males. Nadie, sino por ti, oh Castísima, es favorecido con dádiva alguna. Nadie, sino por ti, oh Gloriosísima, recibe misericordiosamente el don de la gracia... Porque tú, que tienes libertad y potestad de madre para con tu Hijo, con tus súplicas e intercesiones salvas y libras del suplicio eterno a los que por sus pecados iban a ser condenados...» (MG. 98, 378-382.) De San Bernardo son aquellas expresiones que se han hecho

familiares en el corazón y en los labios de todos los fieles: «Quiso Dios que todo lo tuviésemos por medio de María.» (ML. 183, 439-442.) «Nada quiso Dios que tuviéramos, que no pasase por las manos de María.» (Ib. 98-100.) El gran Papa León XIII, haciendo suyas unas palabras de San Bernardino de Sena, escribía a toda la Iglesia: «Toda gracia que se concede a este mundo tiene esta triple gradación: de Dios a Cristo, de Cristo a la Virgen, de la Virgen a nosotros: tal es el orden maravilloso de su dispensación.» (Encíclica *Iucunda semper*, 8 sept. 1894.) Y en otro lugar, recogiendo la voz de la tradición y las aspiraciones de la Iglesia, exclama: «Por esto con muchísima razón todos los pueblos y todas las razas han tributado a María los más espléndidos elogios, que han ido creciendo con el aplauso de los siglos. Entre otros muchos encomios, han llamado a María «Señora nuestra, Medianera nuestra, Reparadora de todo el orbe, Conciliadora de los dones de Dios». (Encíclica *Adiutricem populi*, 5 sept. 1895.) Por fin, el año pasado, el Emmo. señor Cardenal Gasquet, en el congreso mariano celebrado en Roma, pronunciaba estas magníficas palabras: «Pensar en María, hablar de María, quiere decir recordar a aquella que es la Corredentora del género humano, la Medianera entre el hombre y Dios... el gran vínculo entre la humanidad y la divinidad, un gran factor de toda la economía de la Redención.» (*Osservatore Romano*, 19-20 mayo, 1924.)

III. PROBABILIDADES DE UNA DEFINICION DOGMATICA.

Al hablar de las probabilidades de una definición dogmática, la más elemental discreción exige extremada reserva, que impide manifestar todo lo que se sabe. Algo, con todo, diremos, que bastará para hacer esperar que no está lejano el día en que podamos saludar a María con la seguridad que inspira la fe divina, Medianera universal de todas las gracias.

Ante todo hay que consignar el movimiento siempre creciente de la opinión entre los Teólogos. Y la opinión es cada vez más favorable. En lo que va de siglo se han escrito muchos libros, algunos de ellos admirables, innumerables monografías y artículos de revistas, que defienden la verdad y aun la definibilidad de la doctrina tradicional que sostiene ser la Virgen María Medianera universal de las gracias. Y aun en los libros de texto de Teología, que estos últimos años se han multiplicado asombrosamente, se trata ya esta cuestión como una de las más importantes de la Teología mariana. Sobre todo

en estos cinco últimos años el impulso ha crecido extraordinariamente. Y la propaganda popular se extiende más y más de día en día. Lo que falta, dado el vigor de este impulso, es ya obra de pocos años. Por esta parte, pues, el terreno está ya preparado.

La institución reciente de la fiesta de María Medianera de todas las gracias es también un prenuncio de la próxima definición dogmática; pues, como escribía Pío IX refiriéndose a la Concepción Inmaculada, «todo cuanto pertenece al culto litúrgico está íntimamente enlazado con su objeto; ni puede el culto mantenerse firme y fijo, si no queda asegurado el misterio que se venera». (Bula *Ineffabilis Deus*, 8 dic. 1854.)

Y, lo que más vale, el Romano Pontífice se muestra en extremo favorable y dispuesto, cuando crea haber llegado la hora de Dios, a dar la definición suspirada. Por conducto autorizadísimo nos consta que «la persuasión de la verdad y aun de la definibilidad de la mediación universal de María es completa en el ánimo del Padre Santo». Mas con la prerrogativa de la Infalibilidad pontificia suele ejercerse tomando todas las medidas que la prudencia exige, el mismo Pío XI ha nombrado tres comisiones de Teólogos, que estudien esta cuestión y den su dictamen: una en Bélgica, otra en España y otra en Roma. La comisión española, formada por los muy iulstres señores doctores don Angel Amor Ruibal, don Isidro Gomá y el que esto suscribe, ha redactado ya su trabajo, que ha sido enviado al Romano Pontífice. Para que se forme alguna idea de la labor de estas comisiones, podemos decir que el trabajo presentado por la española (y esto que por falta de tiempo han quedado muchísimos materiales sin utilizar) es un estudio extenso que llena unas 2.500 páginas. A las comisiones de Teólogos seguirá una comisión de Cardenales, que examine los trabajos de los Teólogos y dé su informe y dictamen definitivo. Ha aconsejado también el Padre Santo en repetidas ocasiones, por ejemplo a los directores de la *Civiltà*, *Etudes*, *Razón y Fe*, *Stimmen der Zeit* y otras revistas similares que publica la Compañía de Jesús, que estudien con preferencia y publiquen artículos sobre la mediación universal de la Santísima Virgen.

También los Prelados se muestran en extremo favorables a esta doctrina y desean se llegue a la ansiada definición dogmática. Por esto, creemos, que si llega a reanudarse el Concilio Vaticano, será la doctrina de la mediación universal uno de los temas principales que en él se tratarán.

El ánimo del pueblo cristiano está también admirablemente prepa-

rado para la definición, que con toda el alma desea. Ni faltan algunos, menos instruídos, que se maravillan al oír que la mediación universal de la Madre de Dios no es todavía un dogma de fe.

Finalmente, las Congregaciones Marianas, se espera serán un instrumento providencial que prepare los caminos de la ansiada definición. Algunas ya han pronunciado un solemne juramento con que prometen defender y propagar el misterio de la mediación universal juntamente con el misterio de la Inmaculada Concepción, y también el de la Asunción corporal de la Virgen a los cielos, cuya definición dogmática igualmente se desea y espera.

Alborea ya el día. Quiera Dios que veamos con nuestros ojos el día pleno. Brille ya en el horizonte de la Iglesia el sol, cuyos primeros albores la hacen estremecer de santo júbilo. Como Pío IX es el Pontífice de la Inmaculada Concepción, sea Pío XI el Pontífice de la Mediación universal de la Virgen Santísima, Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo.

JOSÉ M. BOVER, S. I.

Barcelona-Sarriá, día de San Ignacio de Loyola, 31 de julio 1925.